EL EXILIO ESPAÑOL EN LA ARGENTINA

Dora Schwarzstein
Universidad de Buenos Aires

El estallido de la Guerra Civil española en el verano de 1936 determinó muy tempranamente la salida de España de miles de ciudadanos en búsqueda de un entorno más seguro. Ya desde entonces Francia aparecía como el primer destino obvio, aunque para la mayoría no sería más que un lugar de paso.[1] Hispanoamérica surgió en el horizonte más distante de ese grupo migratorio. Durante la guerra se trataba de un horizonte muy lejano que sólo pudo hacerse realidad para un puñado de destacados intelectuales españoles.

La atracción privilegiada de la Argentina como lugar para escapar a los avatares de la guerra se explica por los fuertes lazos intelectuales que se habían desarrollado con España durante las décadas anteriores a 1936 así como la presencia de una numerosa comunidad española inmigrante, sobre todo en Buenos Aires. [2]

En 1914 el Dr. Avelino Gutiérrez fundó la Institución Cultural Española que trajo al país a destacados intelectuales peninsulares como Marañón, Ortega, Sánchez Albornoz, Francisco Ayala, Jiménez de Asúa, Américo Castro, Lorenzo Luzuriaga, Manuel García Morente, María de Maeztu, Ricardo Baeza, Blas Cabrera, Augusto Pi y Suñer, entre otros. El objetivo de la institución era poner en contacto a los grupos más cultivados de la Argentina con la producción científica, artística y literaria de España. Cuando la Guerra Civil estalló muchos de ellos abandonaron España, el desarrollo cultural del país y los lazos de amistad preexistentes hicieron que la Argentina apareciera en el horizonte como un lugar deseable donde emigrar.

Cuando la derrota del bando republicano se perfiló con mayor claridad, el flujo trans-pirenaico se incrementó. La caída del frente de Cataluña en febrero de 1939, llevó al exilio a miles de republicanos derrotados que buscaron refugio en Francia, lo que marcó el comienzo de una nueva etapa. Aproximadamente 400.000 españoles cruzaron la frontera y fueron internados en campos de concentración, destino que muy pocos pudieron eludir. Soldados y oficiales del Ejército Republicano, funcionarios del gobierno, dirigentes políticos y sindicales, intelectuales, obreros y profesionales, mujeres y niños vivieron esa penosa experiencia. Muchos permanecerían allí poco tiempo, ya sea porque optaron por el regreso a España o porque buscaron otras alternativas. Para finales de 1939 sólo 140 000 refugiados

[1] Sobre el exilio republicano en Francia, cfr. Geneviève Dreyfus-Armand, El exilio de los republicanos españoles en Francia. De la guerra civil a la muerte de Franco. Barcelona, Crítica, 2000.

[2] Sobre este aspecto, así como otros más generales de la experiencia de los exiliados republicanos en la Argentina, cfr. Dora Schwarzstein, Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en la Argentina.

permanecían en Francia metropolitana, mientras que alrededor de 42 000 estaban distribuidos entre Africa del Norte, la Unión Soviética, otros países de Europa y América.[3]

La emigración a terceros países era indudablemente una manera de salir de los campos, pero para ello era necesario que aceptaran recibirlos. La Unión Soviética abrió sus puertas controlada y casi exclusivamente para recibir a militantes comunistas, Inglaterra mostró una gran predilección por intelectuales y al igual que los Estados Unidos tenía fijadas cuotas o serias restricciones en materia migratoria. Encontrar otros horizontes geográficos se hizo entonces imperativo. Los países hispanoamericanos dieron respuestas muy diferentes ante esta realidad.

Desde el momento mismo en que estalló la Guerra Civil en 1936 el gobierno mexicano, presidido por Lázaro Cárdenas, mostró una férrea solidaridad con la República y el gobierno del Frente Popular amenazado. Cuando la guerra llegó a su fin en 1939, Cárdenas organizó personalmente el apoyo y la ayuda humanitaria a las víctimas de la tragedia española, iniciando uno de los esfuerzos nacionales de solidaridad internacional más ejemplares de este siglo. Santo Domingo aceptó una cantidad limitada de exiliados, inspirado por fines demográficos antes que políticos o humanitarios. La acción decidida de Pablo Neruda, cónsul de Chile en París, llevó a su país un número significativo de exilados.

Los demás países de América Latina no tuvieron una política explícita que favoreciera la inmigración republicana. En resumen, sólo aproximadamente 30.000 partieron a Hispanoamérica y casi un 70% se instaló en México.[4]

Argentina presentaba características peculiares. Al comienzo de la Guerra Civil Española distintos sectores de la sociedad argentina asumieron actitudes opuestas. Las fuerzas de la derecha conservadora, incluyendo al gobierno del General Justo, que llegó al poder en 1932, manifestaron muy rápidamente sus simpatías por el bando nacionalista liderado por Franco y su nula predisposición a acoger exiliados republicanos. Más aún, el gobierno argentino reforzó a partir de 1936 expresamente sus mecanismos de control para que los elementos considerados políticamente "indeseables" no se infiltraran en el país. Para ello se mandaban instrucciones a los cónsules en los países europeos con el objetivo de evitar la concesión de visas, sobre todo en Francia. En 1938 se aprobó un nuevo decreto que imponía aún más restricciones para ingresar al país. Está claro que las trabas impuestas en materia inmigratoria no tuvieron como únicos destinatarios a los republicanos españoles, sino que las mismas afectaron a otros grupos migratorios. Estas no tenían su origen en causas económicas, sino primordialmente en razones políticas, las del temor a recibir refugiados cuyos gobiernos los acusaban de "izquierdistas y enemigos del orden establecido", prescindiendo de cualquier consideración humanitaria frente a las víctimas de la guerra civil o de las dictaduras europeas.

Barcelona, Crítica, 2001.

[3] Javier Rubio, La emigración de la Guerra Civil de 1936-1939. Historia del éxodo que se produce con el fin de la II República Española, Madrid, 1977, pp.115-122.

[4] cf. Dolores Pla Brugat, "Características del exilio en México en 1939", en Clara E. Lida (comp), Una inmigración privilegiada. Comerciantes, empresarios y profesionales españoles en México en los siglos XIX y XX, Madrid, 1994, pp.218-231.

Sin embargo, la defensa de la doctrina del derecho de asilo durante los años de la Guerra Civil, permitió a la Argentina construir una imagen hacia el exterior que la hacía aparecer como una "reserva moral" en el campo de la diplomacia. Las tensiones y conflictos europeos habían permitido posicionar a los principales países de América Latina como el refugio de la racionalidad y la imparcialidad diplomáticas. Esta imagen, sumada a los fuertes vínculos del subcontinente con la "madre patria" en guerra, permitió que la diplomacia argentina jugara un activo y prestigiante rol en todos aquellos temas referidos a la ayuda humanitaria. Esta actitud, junto con las medidas inmigratorias restrictivas, dio origen a una política dual que dominaría la actuación argentina durante todos los años de la guerra civil. Por un lado, la encendida defensa del derecho de asilo, cuya neutralidad política el gobierno argentino estaría sumamente interesado en propalar y, por otro, la preocupación de imposibilitar la apertura de las fronteras a aquéllos elementos factibles de ser considerados políticamente indeseables por su carácter izquierdista o anarquista.

Más aún, mientras México ofreció las posibilidades de un ingreso masivo de exilados españoles al fin de la guerra, la Argentina se apresuró a reconocer al régimen franquista e impuso serias trabas para el ingreso de aquéllos considerándolos enemigos de un gobierno con el que simpatizaba.

Sin embargo, a pesar de la actitud general respecto de los refugiados españoles, temidos por "rojos", el gobierno argentino asumió una actitud benevolente a partir de la aceptación de exiliados sobre una base regional. En 1939 se formó el Comité Pro-Inmigración Vasca para presionar al gobierno en la sanción de un decreto que permitiera el ingreso de inmigrantes de ese origen. Este fue finalmente aprobado en 1940 y aunque no trajo como consecuencia la llegada de importantes contingentes de vascos contribuyó con todo a dar a la emigración de exiliados españoles a la Argentina un carácter predominantemente vasco, ya que para el resto de los exiliados se aplicaron las leyes restrictivas de entrada válidas para todos los extranjeros, independientemente de sus orígenes.

Por otro lado, la Guerra Civil contribuyó a aglutinar a los partidos opositores al gobierno y a agudizar críticas y reclamos de los partidos liberales y de izquierda que mostraron abiertamente su simpatía por la causa republicana. El Partido Radical visualizaba el alzamiento de los Nacionalistas en España como un fenómeno similar a la sublevación armada que había terminado con el gobierno legítimamente elegido del Dr. Hipólito Irigoyen en 1930. El partido Socialista y las organizaciones que controlaba como la Confederación General del Trabajo (CGT) defendieron con enorme fervor la causa republicana. La prensa socialista y los telegramas de apoyo al gobierno de Madrid, junto a la organización de la ayuda material fueron prueba contundente de esta actitud. También el Partido Comunista tomó como propia la causa republicana y la ayuda canalizada a través de la Federación de Organismos de Ayuda a la República Española (FOARE) alcanzó enormes proporciones. Finalmente, el Partido Demócrata Progresista tuvo una clara simpatía por la causa republicana.

No sólo los partidos políticos sino fundamentalmente el conjunto de la sociedad civil vivieron con enorme expectativa el desarrollo de los tres años del conflicto español. La prensa diaria dio muestras contundentes de la relevancia del tema, que ocupó la primera plana durante esos años. La presencia de la gran comunidad española inmigrante de décadas anteriores, así como la simpatía de vastos sectores de la población por la causa republicana contribuyeron a generar una inédita movilización popular.

A pesar de las serias restricciones para el ingreso, la Argentina era un lugar atractivo para los exilados republicanos que buscaban un lugar donde seguir viviendo. A diferencia de México, donde los exilados llegaron en

contingentes organizados por instituciones creadas ad hoc como el SERE (Servicio de Evacuación de los Refugiados Españoles) y la JARE (Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles), instalarse en la Argentina era una aventura compleja que debía encararse individualmente y en el marco de la ilegalidad.

Las limitaciones legales explican que mientras los contingentes republicanos arribaron a México, Santo Domingo y Chile, concentrados temporalmente poco después de acabar la guerra civil, las llegadas a la Argentina se escalonaron más en el tiempo.

Los exilados llegaron a la Argentina en sucesivas etapas desde 1939. La primera corresponde a los que abandonan España poco antes o inmediatamente después de finalizada la Guerra Civil. Entre ellos están los que rápidamente, después de los campos de concentración en Francia, hacia fines de 1939 y comienzos de 1940, llegaron a la Argentina. Un segundo momento, es el de los que quedaron en Francia hasta el final de la II Guerra Mundial (1945), y llegan a la Argentina tardíamente, decepcionados porque el desenlace de la misma no trajo aparejado la caída de Franco. Finalmente, desde 1945 en adelante, comienzan a llegar perseguidos económicos y políticos de la península, incluyendo algunos que lograron escapar de las cárceles franquistas.

Recuperar el itinerario de los exilados hasta ingresar a la Argentina es uno de los aspectos más coloridos de esta experiencia. El contingente numéricamente más importante de refugiados españoles que llegó antes de 1940 lo constituyen los 60 intelectuales del vapor Massilia que ancló en el puerto de Buenos Aires hasta que los pasajeros a bordo pudieran tomar los trenes internacionales a Chile y Paraguay o el vapor de la carrera con destino a Uruguay. El diario *Crítica* y su director Natalio Botana fueron actores decisivos de esta experiencia. Botana organizó desde el diario que dirigía una campaña nacional para recaudar fondos que puso a disposición de los republicanos a bordo del Massilia, solicitando además del presidente, Dr. Ortiz, la autorización para que pudieran quedarse en la Argentina. Botana tenía la convicción de que la Guerra de España era la antesala de la Guerra Mundial y decidiría, en caso de la derrota del bando republicano, el ascenso de los totalitarismos de derecha. Su militante solidaridad con la España republicana y luego con los exilados a los que ayudó a instalarse se inscribe en el contexto de la amplia militancia antifascista que se gestó en la Argentina durante esos años.

Efectivamente, en la Argentina, quienes querían ayudarlos no ocupaban cargos en el gobierno, aunque podían ejercer cierto poder, y debieron encarar gestiones que permitieran entradas individuales o de pequeños grupos. Sin ayuda económica oficial debieron apelar a sus propios recursos o a otro tipo de mecanismos como la actitud solidaria de intelectuales, políticos y funcionarios locales. Tal fue el caso de Victoria Ocampo, hija de una acaudalada familia de la oligarquía, directora de la revista *Sur*, una de las de mayor prestigio en el campo cultural argentino, quien intercedió personalmente para que algunos intelectuales españoles pudieran instalarse en este país.

En el consejo editorial de *Sur* figuraban simpatizantes de la causa republicana, como Guillermo de Torre, intelectual español cuñado de Jorge Luis Borges, y María Rosa Oliver, prosecretaria de la Comisión Argentina de Ayuda a los Intelectuales Españoles. Esta era presidida por Francisco Romero, destacado filósofo, y su secretario era Emilio Ravignani, diputado radical y luego decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. De la misma Comisión formaban parte los personajes más representativos de la intelectualidad argentina, algunos de prestigio continental, y miembros de la colonia española tan destacados como el Profesor Rey Pastor. Casi todos los escritores

españoles que llegaron a la Argentina publicaron en *Sur*, así como también lo hicieron poetas e intelectuales exilados en otras partes del mundo.

Conseguir contratos de trabajo facilitaba el ingreso al país. La Institución Cultural Española se convirtió rápidamente en una pieza clave para los intelectuales que querían exilarse en la Argentina, ofreciendo una cobertura institucional para que éstos pudieran continuar con su actividad.[5] Su presidente, Rafael Vehils, logró el apoyo de influyentes figuras como Coriolano Alberini, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Emilio Ravignani, director del Instituto de Investigaciones Históricas de la misma Facultad, Amado Alonso, Director del Instituto de Filología también de la Facultad de Filosofía, y Bernardo Houssay, director del Instituto de Fisiología de la Facultad de Medicina. Sin embargo, la Universidad de Buenos Aires se mostró renuente a incorporar a los intelectuales españoles en sus claustros y sólo aceptó a unos pocos. Amado Alonso, a pesar de sus esfuerzos, no consiguió más que un cargo part-time para Américo Castro. El sueldo miserable que percibía hizo que al año partiera hacia Estados Unidos donde había recibido una oferta de la Universidad de Princeton. Del mismo modo, y a pesar de la oposición de grupos conservadores de la Facultad de Medicina, Houssay pudo ofrecer un puesto, aunque no permanente, al histólogo Pío del Río Hortega en 1940.

Distinta fue la actitud de algunas universidades del interior del país que hicieron ofertas de trabajo a otros exiliados. Un caso interesante es el del historiador Claudio Sánchez Albornoz que si bien quería instalarse en Buenos Aires aceptó un cargo en la Universidad de Cuyo. El rector, Edmundo Correa, visualizó el impacto que podía obtener de contratar a destacados intelectuales para su recientemente creada universidad. A pesar de los intentos de Vehils, Alberini y Ravignani por ubicar a Sánchez Albornoz en Buenos Aires y crear con apoyo de la Institución Cultural Española una cátedra de "Historia de las instituciones españolas en la Edad Media", Sánchez Albornoz debió permanecer en Mendoza durante casi dos años. Finalmente, y gracias a las gestiones de Ravignani, entonces decano de la Facultad de Filosofía y Letras y a los fondos que Sánchez Albornoz había obtenido de la Fundación Rockefeller, se instaló en Buenos Aires en junio de 1942, donde creó el Instituto de Historia de España, en el que desarrolló una importante tarea. También el pedagogo Lorenzo Luzuriaga, exilado en Inglaterra, fue contratado en la Universidad de Tucumán en 1939 para ocupar el lugar que dejaba vacante Manuel García Morente. En 1944 se trasladó a Buenos Aires, donde abandonó la docencia por los vaivenes de la vida política y se dedicó por unos años íntegramente a la actividad editorial. Francisco Ayala consiguió un contrato para dictar un curso de Sociología en la Universidad Nacional del Litoral, en la ciudad de Santa Fe, a donde viajaba una vez por semana desde Buenos Aires. Luis Jiménez de Asúa, que fuera Presidente de la República en el exilio, encontró asimismo dificultades para integrarse a la Universidad de Buenos Aires, pero obtuvo un cargo en la Universidad de La Plata.

Contar con familiares ya establecidos, facilitaba enormemente la instalación d los exilados. Muchos de ellos lograron entrar gracias a cartas de llamada de familiares. Además, los que disponían de algún capital podían recurrir al recurso de compra de visas, aunque no era sencillo conseguirla para la Argentina. Se podía entonces comprar una visa

[5] Sobre los intelectuales españoles exilados en la Argentina, cfr. Jesús Méndez, "Impact of Spanish Republican Exiles on intellectual life in Argentina", SECOLAS. Journal of the Southeastern Council on Latin American Studies, Vol.XVI, Marzo 1985, pp.77-95.

para Bolivia, Paraguay, Uruguay o Chile y utilizar vías complejas e indirectas, como cruzar ilegalmente la frontera, aunque esto traía como consecuencia la imposibilidad de poner en regla la documentación de residencia durante largos años. Algunos, que por diversas razones llegaron a otros países latinoamericanos, protagonizaron largos periplos hasta llegar finalmente a la Argentina. Por otro lado, existía la posibilidad de ingresar como turistas. Para ser considerado como tal era necesario llegar con boleto de primera clase y de esa manera podían permanecer indefinidamente en el país. En definitiva, el cuidado puesto en la elaboración de una rígida reglamentación inmigratoria no impidió que las normas fueran vulneradas.

A través de estos variados mecanismos se fue constituyendo una compleja comunidad de exilados republicanos en la Argentina. Poniendo en juego variadas estrategias, pero sobre todo a partir de la reconstrucción de una compleja trama de relaciones personales, tanto familiares como institucionales, los republicanos españoles entraron en la Argentina, aunque indudablemente en pequeños contingentes en los que predominaron profesionales, académicos, científicos, artistas y periodistas. El éxito o la notoriedad de muchas figuras intelectuales en un país donde se les ofreció el derecho al pleno ejercicio profesional no debería esconder otros casos en los que la vida en el nuevo país significó la pérdida de una profesión y la resignación de expectativas. Asimismo, la preocupación por la mera supervivencia de la mayoría de los republicanos que huyeron al finalizar la Guerra Civil y que se instalaron en otros países, hizo que la realidad de éstos fuera muy distinta de la de los intelectuales y dirigentes reconocidos que se encontraban al frente de las organizaciones republicanas en el exilio.

En el recuerdo de los republicanos españoles, la recepción en la Argentina fue muy favorable. A diferencia de México, cuyo gobierno les había abierto las puertas, pero con cierta hostilidad por parte del pueblo, en la Argentina, como ya hemos visto, la situación fue la inversa. Gran cantidad de organizaciones se involucraron en el movimiento de solidaridad y como ningún otro suceso europeo, la Guerra Civil española impactó en la sociedad local. Esta solidaridad no se desvaneció con la derrota de las fuerzas republicanas, por el contrario, la simpatía hacia los exilados perduró y gozaron de una enorme receptividad en sectores importantes, tanto en la sociedad argentina como en la mayoría de la comunidad inmigrante.

Sin embargo, el comienzo estuvo lleno de incertidumbres para todos. Para la mayoría, conseguir trabajo no fue fácil. Fueron asimismo frecuentes los cambios de oficios para asegurar la mera supervivencia. En ese contexto, la estabilidad laboral sólo podía conseguirse en empresas españolas o en creaciones más recientes como las editoriales.

La industria editorial era una importante fuente de trabajo. Buenos Aires fue el centro que canalizó, durante los primeros años, la obra escrita de gran parte del exilio republicano.[6] Si en México los republicanos crearon sus propias casas editoriales y tuvieron una participación relevante en el Fondo de Cultura Económica, en Buenos Aires, se encontraba la casa argentina de Espasa Calpe, la mayor de las editoriales españolas, y el hombre que estaba a su cargo en la Argentina, Don Gonzalo Losada, no vaciló en crear su propio sello editorial cuando Espasa permaneció en el campo cultural del franquismo. Menos visible que en México donde grandes editoriales creadas por los exilados han mantenido

[6] cfr. Julián Amo y Charmion Shelby, La obra impresa de los intelectuales españoles en América (1936-1945), Madrid, 1994.

su perfil original, debe sin embargo notarse que en la Argentina también fueron creación de refugiados españoles las otras dos grandes casas que con Losada llenarían décadas de cultura nacional: Sudamericana y Emecé.

Conseguir vivienda tampoco fue una tarea sencilla, así como resolver otras cuestiones de la vida cotidiana. En estos aspectos cruciales la ayuda decisiva provino de otros inmigrantes españoles, no siempre simpatizantes del bando republicano.

Pese a este apoyo fundamental es notoria la preocupación entre los recién llegados por afirmar su carácter de exiliados forzosos, diferenciándose de los viejos inmigrantes. Más aún, muchos de los refugiados llegados al país después de 1939 contrastaban su situación con la de aquéllos que habían venido a la Argentina escapando de la guerra sin participar en ella y no como resultado de la derrota republicana.

El retorno fue una idea siempre presente. Estaban convencidos que el exilio sería algo provisional y que la caída de Franco sería consecuencia lógica del fin de la II Guerra Mundial. Así como lucharon con energía por ser identificados como "exilados", conservando costumbres y acentos idiomáticos, interactuaron con la sociedad local a la que finalmente terminaron adaptándose. Algunos nunca lo lograron y varios volvieron a España, aún antes de la muerte de Franco. La mayoría se fue integrando lentamente al lugar de residencia. La actividad profesional, las amistades, el casamiento con naturales del país de residencia, el nacimiento de los hijos, fueron hitos que unieron sus vidas al destino del suelo de adopción.

Con el paso del tiempo, la idea del retorno inminente fue desvaneciéndose. La presencia de España y la vida en la Argentina los llevó a convivir con los dos universos. Inexorablemente el exilio impuso sobre ellos una "partición constante", entre historias y vivencias de aquí y de allí.

Esa sensación de no ser o pertenecer a ningún sitio siguió vigente. La pérdida de la propia tierra, aunque a veces se acompañó de un reconfortante arraigo, produjo en estos hombres y mujeres, muchos de los cuales aún viven en la Argentina, una herida siempre abierta de la que no pudieron escapar. Manuel Lamana, escritor, madrileño, exilado en la Argentina durante medio siglo, pudo sintetizar esa marca que él mismo llevó a su última morada:

> "Poco a poco nos hemos ido argentinizando[...]aunque conserve ciertos rasgos del lenguaje. Mi pensamiento está en España, pero esta en la Argentina al mismo tiempo. Es decir, hemos dejado de ser totalmente españoles, pero no somos totalmente argentinos. Somos del Atlántico, estamos a mitad de camino, de la ida y de la vuelta. Cuando vuelvo a Madrid, el aire, que es otro, me hace revivir. Es decir creo que lo que hace es integrar mi persona. Soy una suma de partes o una reunión, y cuando estoy allí es como si no hubiera perdido nada. Aunque no es cierto, siempre tengo algo perdido en alguna parte, en la Argentina o en España".[7]

[7] Entrevista a Manuel Lamana. Buenos Aires, 1994.